

pues de las que hasta aquí hemos presentado á la consideración del autor que refutamos y á la de los lectores imparciales. Véamoslo si no.

Suele el caudaloso Nilo precipitar el torrente de sus aguas sobre regiones pobladas de humanos seres que tienen allí su hogar y sus heredades. La terrible inundación arrastra y ahoga á no pocos de aquellos, tala y destruye éstos; desolación y ruina van sembrando donde quiera las corrientes enfurecidas; diríase que las campiñas fueron condenadas á desaparecer para siempre; que perdidos los sembrados, los seres supervivientes acabarían por comer el pan amargo del emigrante, sí, fríos, estóicos, no se dejaban morir de inanición. Pero no: el Supremo Ser que por designio arcano abriera las cataratas del prepotente río, vuelve á cerrarlas, hace que se estanquen las turbulentas aguas, que á los rayos de un sol de fuego se evaporen, y entonces, cuando el desastre ha pasado, se ve la tierra enriquecida por fecundante limo y de ella brotan con lujuriosa feracidad los cereales que alimentan al hombre y las gramíneas con que se nutren los animales que pone á su servicio.

Nilo desbordado por la Providencia, no por la mano del hombre, fué la Conquista. La inundación fué terrible; ya lo hemos visto en las páginas anteriores, y no hay que insistir en ello; mas una vez que hubo pasado y merced á aquel siniestro, alzóse en la tierra mexicana que había sido fecundada por una civilización superior á la indígena, el árbol gigantesco de una nueva nacionalidad, y los frutos de ese árbol no son los que en su apasionamiento señala el Sr. García; de sobra los conoce, pues su instrucción histórica y filosófica no es superficial, y son vastos sus conocimientos en ciencias positivas, particularmente en sociología; pero como de ajustar á los métodos de historiadores filósofos y de sociólogos la exposición y las conclusiones de la tesis que se propuso sustentar, se desprendería por modo natural y sencillo el error no inconsciente sino intencionado que la informa, renunció elevarse á superiores esferas y prefirió aparecer como simple compilador de cuanto en mengua y descrédito de los conquistadores de América se ha escrito, para fundar en todos esos datos enseñanzas odiosas, permítame que así las califique.

Porque no hay que dudarle: nadie emprende con la fruición y la constancia del Sr. García, una tarea que roba el tiempo al ejercicio de una profesión lucrativa, por el solo deseo de hacer desfilar ante nuestros ojos asombrados la siniestra procesión de los es-

pañoles del siglo XVI, á quienes el Sr. González Obregón llama *de la peor ralea, presidiarios condenados al último suplicio y clérigos avaros, codiciosos, relajados en sus doctrinas, corrompidos en sus costumbres*, haciendo en lo que se refiere á estos últimos una terrible confusión, y llegando por ella hasta á calumniar á los primeros apóstoles del Cristianismo en América para cuya alabanza resulta pobre el lenguaje humano. Los religiosos y clérigos malos, aparecieron cuando ya la Conquista estaba consumada, y es imperdonable el mezclar con la historia de esa Conquista la de la dominación colonial.

Abandonemos estas generalidades, y entremos de lleno en la refutación de la última parte de la obra del Sr. García, parte destinada á exponer los resultados de la Conquista española.

Sorprende y maravilla que después de levantar en 368 páginas andamiaje fortísimo para la construcción de gigantesco monumento destinado á perpetuar el odio á la raza conquistadora, el monumento hubiese resultado mezquino y deleznable.

No llegan á 30 las páginas consagradas á la exposición de los resultados de la Conquista, y en ellas su autor no señala en puridad sino dos: la despoblación general (sic) de América, y la degeneración de la raza indígena; lo cual revela que ó el Sr. García se encontró ya fatigado por la peregrinación larguísima que emprendiera, ó que sus amados escritores primitivos no le suministraron las noticias que había menester para fundar de una manera amplia y sólida sus flamantes conclusiones.

Por donde vino á suceder que la parte última y capital del libro, es la más endeble, puesto que ni con la abrumadora elocuencia de las cifras, ni con el peso de las autoridades en materia histórica, ni con las lucubraciones de la ciencia moderna, procuró dejar demostradas la despoblación general de América y la degeneración de los indígenas.

Cuanto á lo primero, ya con la transcripción de ciertos pasajes del folleto del Dr. Quesada, quedó sentado que es indiscutible que la conquista española no exterminó á los indios, como la conquista inglesa los destruyó en otras regiones de este Continente, de que no hace mención el Sr. García. No hay, pues, que insistir en ello.

Respecto á lo segundo, es decir, á la degeneración de la raza indígena, también el pensador argentino ha dejado establecido que el hecho histórico es «que en la conquista española las razas con-

quistadas fueran asimiladas en la posible proporción á la raza conquistadora y que para demostrar las condiciones intelectuales y viriles de algunas personalidades indias modernas, bastaba un solo nombre: *Benito Juárez*.

Cierto que para demostrar sin resquicio de duda esa degeneración, habría necesitado el Sr. García poner á su servicio, y esto le había llevado muy lejos, la paleontología; porque sin estudiar la étnica de esas razas antes y después de la conquista, no se puede comprobar científicamente su degeneración.

La guerra emancipadora, por su carácter ya suficientemente estudiado, prueba sin esfuerzo que la asimilación de que tantas veces hemos hablado en estas páginas, no es una vana teoría, sino una realidad tangible. No fué una reconquista iniciada y llevada á término por los indígenas, para reivindicar sus hollados derechos y reasumir el poder; valga decir, la dirección de sus destinos. Coadyuvaron los indígenas al triunfo de la nueva raza; á la creación de una nueva nacionalidad, ó si place más al Sr. García, á una evolución de la cual se deriva el movimiento ascensional de esta patria que nos es tan cara y de cuyos progresos materiales é intelectuales nos ufamamos en el actual momento histórico.

Nada de eso reconoce, ó por lo menos, no quiere confesarlo el Sr. García. Ofuscado por un sentimentalismo generoso tal vez, pero que no deja lugar á la reflexión, no se resigna á ver una serie de fenómenos naturales en cuanto ha ocurrido desde 1521 hasta 1900 en las naciones que todos llaman hispano-americanas. De ahí, lo erróneo de sus conclusiones.

Las que con sereno espíritu obtienen otros pensadores; las consecuencias positivas de la conquista son otras, y en verdad que su estudio solicita á los que, como el Sr. García, están suficientemente preparados para emprenderlo.

Prescindiendo,—porque parece ocioso hacer en este lugar un nuevo inventario de los progresos de toda especie de que la conquista fué importadora,—prescindiendo de todo lo que sea anterior á 1821, veamos siquiera sea rápidamente, cuáles han sido las benéficas consecuencias de la fusión de las razas.

No somos ni *indígenas*, ni *españoles*; tampoco *criollos* como se llamara á los descendientes directos de ambas razas progenitoras; ni *mestizos* que otros dijeran de los hijos de español é india; no, no somos hoy nada de eso. Por normal evolución, lenta pero indefectiblemente producida por el correr de los años y la desaparición de anteriores generaciones, somos *mexicanos*; ó para expre-

sarlo con mayor amplitud: constituimos una nueva raza. Y la mejor prueba de ello es: que el Sr. García, sin temor de que se estremezcan en la tumba antepasados suyos, infama á la raza española en libro escrito en español porque éste fué el idioma que adoptó ó que se asimiló la raza mexicana, sin menoscabo de las lenguas y dialectos indígenas que los misioneros del siglo XVI procuraron aprender para predicar el cristianismo. Tampoco empleó el Sr. García un idioma extranjero,—el inglés por ejemplo,—porque su libro no habría contado con numerosos lectores entre los mexicanos á quienes trata de imbuir sus ideas. En nahuatl, otomí, tarasco, etc., etc., todavía más contados habrían sido sus lectores si es que algunos indígenas de los pocos que saben leer adquieren el libro. La nueva raza creyó y sigue creyendo, á mi entender con razón, que la unidad de idioma entra por mucho en solidaridad de los organismos sociales, porque como alguien lo ha dicho ya, el idioma es el elemento por excelencia unificador de las razas, superior por lo cohesivo á las tradiciones fisiológicas imposibles de restablecer con los vestigios desvanecidos de generación en generación, por el cruzamiento constante entre las variedades de la especie humana.

Dicho esto, que parece una digresión inútil, pero que no lo es, por cuanto que no nos aparta del asunto que tratamos, creo que no holgarán aquí algunas rápidas consideraciones acerca de la nueva raza y de su obra.

La raza mexicana al venir al mundo no llegó revelando un salto atrás mortificante, ni adoleciendo de incurable cretinismo. Bien por el contrario, y sin caer yo,—como á las veces sucede á los que se ocupan en asuntos nacionales,—sin caer, digo, en ridículo *chauvinismo*, procuraré dejar establecido que por sus cualidades morales los mexicanos son dignos del respeto de las demás razas civilizadas esparcidas en el mundo; así como que, su mejor título para merecer ese respeto es su obra, cumplida en solos noventa años. (1810-1900.)

Esa obra puede resumirse así; la INDEPENDENCIA, la REFORMA la RESTAURACION DE LAS INSTITUCIONES REPUBLICANAS, y el ESTADO ACTUAL DE LA SOCIABILIDAD MEXICANA, cuatro magnas empresas que no habrían podido realizarse á no poseer la raza que las inició y llevó á término, eximias dotes morales. Escrita como está por diestras plumas y publicada ya la Historia que abraza los períodos en que tales empresas cambiaron el modo de ser de la colonia que llevara el nombre de Nueva-España, y estando como

está en vía de publicación la espléndida síntesis intitulada *México, su evolución social en el siglo XIX*, no he menester, para hacer justicia á la raza mexicana, convertir en libro extenso la presente disertación. Vuelvo, por lo mismo, al examen de la obra del Sr. García.

No la informa, seguramente, la ya abandonada teoría de la ejemplaridad de la historia, porque el autor sabe muy bien que esa ejemplaridad,—como lo enseña un sabio profesor europeo, contemporáneo,—sólo la recoge, en parte, una minoría de espíritus elevados y cultos; que la masa no saca del conocimiento histórico más que una idea general que traduce en seguida en sentimientos de diversas especies, entre otros el de reivindicaciones políticas; que la historia no sirve, no, de ejemplaridad y escarmiento ni para los individuos, en general, ni para las naciones. Pero como entre los sentimientos que la historia despierta en las masas, figuran el odio á determinada raza, y la fe en la superioridad ó inferioridad de otras, podría muy bien suceder,—lícito nos parece suponerlo,—que el Sr. García se encuentra afiliado á la secta novísima cuyo credo es la superioridad de la raza anglo-sajona, y que por eso pone todos sus conatos en revivir añejos rencores contra la raza española á fin de que sin expresar él sus anhelos sea reconocida la superioridad del jurado enemigo de esa raza, del anglo-sajón.

Si ese es el pensamiento que germina oculto en las páginas del *Carácter de la Conquista española en América*, leal y francamente debo decir al Sr. García que por frenética que sea su aversión á España, no debió él olvidar que precisamente porque se nos cree á los mexicanos descendientes directos y unidos todavía á España con vínculos poderosos, por eso es que, á pesar de las relaciones comerciales cada día mayores entre Norte-América y México, sin rebozo se proclama en la nación vecina nuestra inferioridad y nuestro destino manifiesto de ser absorbidos por ellos. Y no es nada más la *prensa amarilla* la que habla despectivamente de nuestra patria para preparar la expansión de las posesiones norteamericanas. Mr. Edward S. Meade, Doctor en leyes y profesor en la Universidad de Pensylvania, pronunció, recientemente, un discurso en que presentó á Mr. McKinley como el Napoleón de la política moderna y dijo, entre otras cosas, las siguientes:

«Los Estados Unidos, tarde ó temprano, tienen que apoderarse de todos los países latino-americanos, inclusive México, para establecer por este medio un nuevo campo para el desarrollo de industrias y del ingenio americanos . . . Los países latino-ameri-

canos son la salida natural para el comercio americano, siempre creciente. Si los Estados Unidos no se apoderaran de estos países, los financieros de América formarán sindicatos para comprarlos, venderlos y repartirlos por acciones. Comprendo que la absorción de estos países puede violar algunas de nuestras ideas y echar por tierra antiguos precedentes; pero nuestro comercio exige que se dé este paso, y mientras más pronto mejor. El texto del acta de independencia no debe ser obstáculo para dar este paso, pues ese documento es enteramente una composición literaria compuesta en una época muy distante de la nuestra.»

«Estamos obligados á interpretar el futuro en el idioma del pasado. La corriente de los sucesos se mueve con más rapidez que la educación del pueblo y no nos podemos detener á dar explicaciones. Debemos obrar conforme á nuestras necesidades comerciales y hacer entender á los habitantes de estos países latino-americanos que obramos de buena fe y por su bien.»

«Si fuere necesario por la fuerza,—exclamó el profesor Meade,—por la fuerza será; y no contento aún con haber hecho tan rotundas declaraciones, agregó que; «eso de los derechos morales y políticos está muy bien cuando no entorpecen ó retardan el progreso comercial de una gran nación. Si lo que alguien gusta llamar derechos morales y políticos de un pueblo cualquiera, perjudica al progreso del mundo, á la marcha de millones, entonces yo sostengo que no hay injusticia en establecer en ellos, por la fuerza, un gobierno que induzca á los jefes de nuestra industria á establecer sus millones detrás y alrededor de nuestro pabellón, en donde quiera que nuestros soldados hubiesen tenido el valor de plantarlo.»

La famosa doctrina de: *América para los americanos del Norte*, es profesada por millones de ciudadanos en la gran República y proclamada en centenares de publicaciones de allí mismo.

No cabe en este lugar la refutación de las cínicas afirmaciones del Doctor en leyes y Profesor en la Universidad de Pensylvania y de la doctrina de Monroe amplificada é interpretada en el Norte para su propio beneficio; ni llamará tampoco la atención que no tome á mi cargo tal empresa, cuando publicaciones mexicanas que poseen cuantiosos recursos, que tienen numerosos lectores, y sobre todo que parecían fundadas para ilustrar al pueblo y para robustecer su patriotismo, por otros senderos caminan.

Con profundo desagrado he transcrito esas jactanciosas frases para que el Sr. García vea cómo la raza que se cree superior á la nuestra, la desprecia en pago del reconocimiento de su suprema-

cía hecho aquí bien á las claras, con frecuencia entristecedora para los que tienen fe en los destinos de la patria mexicana.

Como de la mano me conduce lo anterior á dar á conocer aquí no mis personales ideas respecto á la supremacía de la raza anglo-sajona, sino las del publicista argentino varias veces citado, al que no podrá atribuirse chauvinismo, toda vez que á su patria no se le ha sentenciado por su situación geográfica á ser víctima inmediata de las conquistas de la raza anglo-sajona.

Larga va á ser la transcripción de los conceptos del Dr. Quesada, pero habrán de agradecermela cuantos se interesan en la reivindicación de la verdad, en honra de nuestra raza.

«Las tierras de las comarcas del Nuevo Mundo, al Sud, al Centro y al Norte, dice, garantizan su futuro engrandecimiento; fáltales, empero, la población necesaria, como les faltó á los trece Estados de origen inglés que formaron los Estados Unidos, cuya población asciende hoy á más de sesenta millones. Tal hecho se explica sin esfuerzo, por la inmigración europea, la cual desarrolló fuerza y vigor en aquellos territorios en proporción al medio ambiente donde se trasplantó.

«La corriente inmigratoria europea obedece á una ley histórica; lleno el Norte de la América, se esparcirá por el Sud y por el Centro, y pobladas aquellas tierras, hoy relativamente desiertas, es evidente que la riqueza, madre del orden, resolverá todos los otros problemas secundarios. Y en la América Central, y en el Sud, y en México, se reproducirá la misma natural evolución realizada en los Estados Unidos, porque todo depende de poblar los desiertos.

«Exponer estas ideas ha bastado para que la rutina y la ignorancia las tachen de falsas, sin tomarse el trabajo de analizar antes los hechos y las circunstancias. Se pretende, y el vulgo lo acepta como verdad indiscutible, que el asombroso progreso de los Estados Unidos de Norte-América y el comparativamente lento y trabajoso desarrollo de las naciones hispanas, tiene por origen y causa eficiente la superioridad de la raza y de las instituciones coloniales que estableció la Gran Bretaña. Para demostrar esta tesis, se ha debido probar la identidad de las circunstancias, á fin de autorizar el juicio sobre el origen de resultados tan diversos, porque de otra manera no hay término de comparación.

«Pienso que un breve análisis de los hechos demostrará el error de esta tesis, generalizada y aceptada sin examen, como lo ha sido la historia convencional americana.

«Los trece Estados que constituyeron la nación que se hizo in-

dependiente del dominio de la Gran Bretaña, tenía á la sazón tres millones de habitantes. Posteriormente se fueron anexando países colonizados por franceses y españoles, como la Florida, Nueva Orleans y los extensos territorios que conquistaron á México. ó que adquirieron por cesión, que hizo aquella nación vencida. En estos extensísimos territorios, que forman actualmente numerosos Estados de la Unión, ricos, poblados y prósperos, no ha influido ni pudo influir, las instituciones coloniales inglesas ni la raza sajona. El hecho es de tal evidencia, que no necesita demostración; colonias francesas y españolas, como fueron, han hecho el mismo camino que las inglesas, con las cuales constituyen la gran nación.

«De manera, que en el asombroso progreso de los Estados Unidos del Norte, la influencia de la raza y de las instituciones coloniales, no ha sido el único factor, ni la causa exclusiva y generatriz de crecimiento tan admirable, puesto que, al celebrar el centenario de su emancipación política, tenían más de sesenta millones de habitantes.

«¿Qué circunstancias han influido entonces para producir tan extraordinario resultado?

«Un brevísimo examen facilitará la explicación de lo sucedido.

«Los Estados Unidos, los trece Estados de origen inglés, fueron los primeros que en el Nuevo Mundo asumieron el rango de nación soberana é independiente; y natural y lógicamente, los primeros que atrajeron la atención de las masas europeas predispuestas á emigrar para mejorar de condición. Establecida espontáneamente la corriente inmigratoria, en época en la que aquel país era el único territorio colonizable, puesto que el resto de la América estaba bajo la dominación española y el Brasil bajo la portuguesa; claro es, que fué hacia la nueva nación donde afluyó más ó menos poderosa la corriente inmigratoria, estimulada por la baratura del transporte á causa de la relativa proximidad de la Europa y del clima hospitalario para las razas europeas.

«Tan evidente juzgo esto, que el Canadá y la Guayana, colonias inglesas en América, están muy distantes de seguir el rápido y pasmoso progreso de los Estados Unidos.

«Cuando la América española se hizo independiente y se formaron las nuevas naciones, abrieron sus territorios á todos los que quisieron poblarse en ellos; pero encontraron ya establecida la corriente inmigratoria hacia los Estados Unidos, con resultados tan prósperos, que la competencia se hizo difícil; no sólo por esta circunstancia, sino porque el transporte fué más caro á causa de las

distancias, y en general el colono no es rico y busca gastar lo menos posible en su viaje.

«Además, es de evidencia, que la zona tórrida no es clima propicio para la inmigración, mientras no se desagüen y canalicen territorios que cubren las lluvias torrenciales y no se rocen bosques seculares inhabitables para el hombre, por las emanaciones palúdicas de los pantanos y de la putrefacción vegetal. Se necesita que millones de seres humanos se sacrifiquen para hacer posible que otros seres vayan á vivir allí sin peligro de sus vidas.

«Así, pues, todas las naciones americanas situadas en la zona tórrida, no pueden competir con la América del Norte como países colonizables, y les falta, y faltará por ello, el factor omnipotente del trabajo humano para enriquecerse y prosperar.

«En cuanto á las naciones hispano-americanas situadas en la zona templada y en la fría, la distancia á que se hallan de la Europa, único continente que tiene el elemento colono, el único productor de este elemento y por ello de limitada producción, porque el desenvolvimiento de la raza humana obedece á ciertas leyes; esas naciones americanas, digo, no han podido atraer con eficacia la inmigración, precisamente porque la carestía del transporte la hace más difícil, y cuando los gobiernos han querido estimularla por medios artificiales y enormes sacrificios pecuniarios, ha resultado una perturbación rentística y económica, aunque transitoria como en la República Argentina.

«No puede negarse que la posición geográfica ha sido y es una circunstancia favorabilísima para el progreso de los Estados Unidos; progreso cuyo factor principal es la inmigración europea, puesto que, sin población, ó con territorios poco poblados, no se puede alcanzar el rango de gran nación. Ni la raza inglesa, ni las instituciones coloniales inglesas, han sido los únicos factores favorables para producir aquél fenómeno que asombra, y sin embargo, que es perfectamente natural y lógico. Comenzó aquella nación su vida independiente con tres millones de habitantes, y hoy cuenta con más de sesenta, cifra á que no pudiera alcanzar evidentemente, sin la inmigración europea, sin la cual tampoco podría cultivar sus tierras, ni producir los extraordinarios resultados agrícolas y ganaderos que alimentan su comercio. No hay riqueza sin población, y los pueblos que tienen el capital tierra y les falta el capital brazos, tienen que vivir, durante un período más ó menos largo, en situación de modestas naciones, pero con seguro porvenir una vez poblados. De manera que la solución del problema

económico-social hispano-americano depende de la inmigración europea; nótese bien que no comprendo como factor del progreso la colonización del Asia ni del Africa.

«No son, ni la raza ni las instituciones coloniales españolas, las que impiden que aquellas naciones hayan crecido al nivel de los Estados Unidos, sino la falta de población, y esta falta sólo tiene remedio por la inmigración, y ésta, por las breves razones que dejo expuestas, no ha podido seguir el mismo movimiento que la llevó á la América del Norte, por causas naturales é inevitables, porque tampoco puede pretenderse despoblar el continente europeo para poblar el americano.

«Hecha esta digresión, para prevenir en parte las preocupaciones fomentadas por la ignorancia de los que creen como verdad inconcusa, que el progreso del continente americano tiene diferencias marcadas y distintivas por los idiomas europeos que en él se hablan, que representan falsamente, á mi juicio, superioridades de raza y atavismos heredados, continuaré exponiendo el plan general que me he trazado para estudiar la sociedad americana bajo la dominación española.»

De las profundas verdades que el Dr. Quesada asienta en las páginas transcritas, puede sin esfuerzo ni violencia deducirse que no existe la deprimente inferioridad que nos atribuye el Sr. García, y digo que nos la atribuye, porque si, como queda demostrado, somos el producto de la fusión de dos razas, y para el Sr. García una de ellas es de asesinos y ladrones, y la otra de indígenas degenerados por la conquista, lógico sería concluir que de monstruos y cretinos no ha de haberse obtenido sino una raza cuya total extinción será la más justa y la más meritoria conquista de los anglo-sajones. Y ¿á quién sino á éstos aprovechan tales enseñanzas? Ciertamente que no á nosotros, á pesar de ser mexicano quien á su propaganda dedica todo un libro.

Si el Sr. García no fuera tan joven, habría ya tenido oportunidad de comprobar la siguiente vulgar observación. Cuando en el seno de una familia acontece que, por cualquiera causa, á uno de sus miembros se le declara destituido de todas y cada una las excelentes cualidades que se reconocen y admiran en los de los vecinos ó amigos de la casa, y á diario se le repite, la víctima de tan despectiva creencia acaba las más de las veces por aceptarla como verdad inconcusa, en vez de procurar desvanecerla con hechos reveladores de su dignidad y de su inteligencia, y hasta llega á

encontrar su mejor justificación en decir que la fatalidad fué la que le condenó á ser irremisiblemente lo que se le dice que es, y eso nada más.

Por el contrario, cuando en otro hogar no se omite empeño ni sacrificio por crear en unos y robustecer en otros de sus miembros la idea de que están llamados á ilustrar su nombre y á honrar el de sus padres y el de su patria, generosos y nobilísimos anhelos les conducen á realizar las esperanzas que en ellos se fundaran.

La patria es el hogar de la raza; no es preciso decir más á este respecto, á escritor tan ilustrado como el autor del *Carácter de la Conquista Española en América*.

En las cinco últimas páginas de la obra expone el autor sus dos magnas conclusiones: la de que de la conquista causó la despoblación general de América y la de que á esa misma conquista obedece la degeneración de los naturales ó indígenas. Parece que al llegar á esta parte capital de su obra los autores primitivos no le proporcionaron abundantes noticias dignas de fe, pues con relación á la primera de esas conclusiones, solamente dice lo siguiente: «Podríamos formar una larguísima lista de todos los pueblos y provincias despoblados completamente, ó cuya población disminuyó hasta grado sumo, como la villa de Arma que tenía 30,000 habitantes y después sólo contaba 500; Anzerma que de 40,000 no conservó sino 800; la villa de Tinana que de 20,000 decreció hasta 700; Oztzolotepec, Pacaibanca, etc., etc., lugares todos donde sucedió otro tanto. Empero nos limitaremos á exponer algunos datos de carácter general.»

Obsérvese que el Sr. García no sólo no cuidó de comprobar suficientemente esa primera conclusión, como debía haberlo hecho, toda vez que de ella, como de la segunda, debía derivarse una de las enseñanzas mayores de su obra, sino que no tuvo á bien ó no juzgó necesario demostrar que, entre las tierras conquistadas, fué la tierra mexicana una de las que más sufrieron.

Por último, el Sr. García consagra á la demostración de la degeneración de los naturales de América 32 líneas en las que dice que pasa á indicar de una manera sintética, cuál fué la suerte de los pocos indígenas que pudieron sobrevivir á tan despiadado exterminio. Tan sintética es, con efecto, esa indicación, que más no puede serlo, á pesar de que el autor cree haber con laconismo que podríamos llamar telegráfico, expuesto todas las causas «que hicieron (sic) que las razas indígenas de América no sólo perdieran una á una las infinitas cua-

lidades que con sobrados bríos lucieron gloriosamente en sus días de libertad, sino que degenerasen con inconcebible rapidez y al fin cayeran en el lastimoso estado en que todavía las miramos al fenecer el siglo XIX.»

Al llegar ahí sintió algo así como un remordimiento, como un impulso de piedad hacia los degenerados indígenas y les dedicó, —siempre dentro de las 32 líneas susodichas,—el siguiente párrafo consolador con que se cierra la obra: «Empero esas razas infortunadas, rescatadas ya de la servidumbre y colocadas de nuevo en medio propicio, volverán á manifestarse prósperas y pujantes luego que empiecen á sentir la mágica influencia de una eficaz educación, física, intelectual y moral; facultades que aunque profundamente adormecidas no han podido morir y antes bien son susceptibles de alcanzar pronto y vigoroso desarrollo: México debe sus más preciadas instituciones, las que dieron origen y ser á su actual progreso, á un miembro de esas mismas razas, al imperecedero D. Benito Juárez que, con inteligencia superior y energía nunca quebrantada, extirpó de nuestro suelo el obscurantismo pernicioso hondamente arraigado á la sombra secular de la dominación española.»

Con brevedad reputaré las dos conclusiones del Sr. García

Cuanto á la primera, no hay que hacer más para destruirla que repetir que la mayoría de la población de Centro América, el Ecuador, Venezuela, Colombia, Perú, Paraguay y Bolivia es hoy, en 1901, de indios más ó menos cultos, y que de los 13,545,462 habitantes que, según el último censo, tiene la República Mexicana, *sies millones*, cuando menos, son de indígenas.

No es, pues, exacto, que la conquista haya despoblado América. Poblaciones totalmente aniquiladas, razas desaparecidas solamente se pueden citar en el Nuevo Mundo, al hacer la historia de las conquistas anglo-sajonas.

Rubor nos causa el tener que referirnos á la degeneración de la raza indígena, compelidos por la obligación que nos impusimos de refutar en todas sus partes la obra del Sr. García.

No pretendemos negar que comenzó esa degeneración con la conquista y que durante el coloniaje acreció. Igual fenómeno se ha observado en todos los pueblos que han sido víctimas de invasiones y dominaciones debidas á hombres que se creían superiores á los que ellos vencieran, y no es esto, en verdad, lo que me causa rubor tratar, sino la declaración leal que debo hacer de que más culpable es la raza mexicana, es decir, la en que se reclutan las llamadas *clases dirigentes*, del pecado que el Sr. García tácitamente confiesa al decir que los indígenas recobrarán sus antiguas

facultades luego que empiecen á sentir la mágica influencia de una eficaz educación física, intelectual y moral.

Sí, dice bien el Sr. García, luego que empiecen; pero ah! no habría yo,—puesto en el lugar del autor de la *Carácter de la Conquista Española en América*,—usado esa locución que tan amargo reproche envuelve para México independiente. Ochenta años de vida libre y autónoma, de mucho habrían servido para cambiar, con ventaja, la condición de los indígenas de manera que nadie pudiera decir en el último día del siglo XIX que no empezaba á sentirse aún la mágica influencia de una educación física, moral é intelectual.

Independidos de España los mexicanos no restablecieron á los indios en las heredades de sus mayores, porque no fué ese el objeto de la Independencia; no se les permitió volver á su antiguo culto, porque habría sido un retroceso. Muy bien; pero la servidumbre siguió siendo la misma, en los campos, en las minas, en las ciudades como en las aldeas; la explotación de los indios por los curas aumentó, si cabe, y persisten hoy todavía las supersticiones más groseras; en la prolongada serie de revueltas anteriores á 1876 el indio sirvió de *carne de cañón*; los jornales que hoy se le pagan no superan, sino es en muy contadas regiones del país, á los jornales que recibieran sus antepasados durante la dominación española, y por tal motivo anda, hoy todavía, no mal vestido sino casi desnudo, y se alimenta miserablemente. Nos hemos limitado á consignar en nuestro Código fundamental la igualdad ante la ley, dogma sagrado y puro de las modernas democracias, pero del cual se ha hecho y se hace por donde quiera sangrienta irrisión. Hay clases privilegiadas todavía! Y lo que es peor, esas clases que, juntas, no constituyen sino una minoría, cuantas veces á partir de 1821 se han arrogado el poder, han olvidado sus halagadoras promesas y no han procurado modificar siquiera la condición de los indios, ya que su completa regeneración exige mayor lapso de tiempo. Con pocas excepciones, esa minoría ha buscado el medio personal, la ascensión gloriosa á las regiones suspiradas del mando, todo, menos el honrosísimo título de redentora del indio. Entre esas excepciones la primera y principal, y la que merece por eso que en su honor se alce el himno de la gratitud, fué aquella minoría á la que sus enemigos llamaron opresiva: la de los hombres de la Reforma. Esa minoría sí cumplió sus promesas: cuando fué poder dictó leyes sabias que beneficiaron por igual á blancos y á cobrizos; pasaron por sus manos inmensos tesoros y sus manos nunca se mancharon con el robo; peligró la indepen-

dencia, y por salvarla tuvo que resignarse á dejar su obra de regeneración social, inconclusa, pero confiada á sus discípulos.

De éstos, no he de hablar porque su obra aún no está terminada: están resolviendo arduos problemas todavía; están *haciendo* la historia los que en pos de Juárez vinieron y toca á los pósteros la ardua sentencia.

Pero cualesquiera que hubiesen sido las causas, el hecho es que el indio ha permanecido en el siglo XIX en la misma actitud hierática de sus antiguos dioses, al pie del solio de sus mandatarios; pobre, abstraído, como en la época de los virreyes, y hasta ahora al desperezarse al primer claror del siglo XX, vislumbra nuevos horizontes y sonríe por vez primera y dando fe á la doctrina de la trasmigración de las almas, cree que han reencarnado en D. Genaro García y en D. Luis González Obregón las almas de Fray Bartolomé de las Casas y de Fray Pedro de Gante; espera su redención porque ya tiene un defensor valiente y desinteresado, y un maestro compasivo, que con ternura verdaderamente paternal van á hacerle partícipe de los conocimientos que en letras, en artes y ciencias parecían hasta aquí del dominio exclusivo de las razas que pregonan la inferioridad del indio.

A las condiciones estéticas del libro del Sr. García no haré reparo alguno. Comprendo bien qué hombre es imbuído en las ideas que hoy privan; eminentemente práctico. Sabe que el tiempo es dinero, y no ha querido perder el tiempo en cincelar frases, en lucir exquisiteces de estilo, ni flores retóricas. Abogado de la nueva escuela, formula su tremenda requisitoria exponiendo en toda su horrible desnudez los detalles del crimen y deja hablar al ejército de los testigos que presenta, sin preocuparse del lenguaje que ellos empleen; él, por su parte, confórmase como Zola, con decir: *Yo acuso*.

Por eso no me hago eco de la crítica que algunos se han atrevido á hacer del título de la obra, fundando esa crítica en que el Sr. García omitió una voz adverbial que era indispensable para no borrar del mapa del Nuevo Mundo á México. Porque, dicen esos críticos, si México está situado en América, el carácter que revistió su conquista es el mismo que el autor estudió en la historia de las demás naciones del Continente descubierto por Colón, y le faltó, por lo tanto, expresar que por ser mexicano lo especializaba á su patria. No me hago, repito, eco de esa observación; antójase que al Sr. García debemos agradecerle el habernos puesto al abrigo de las rapacidades del imperialismo del Profesor

Meade: no perteneciendo México á América está menos avocado á tener el destino manifiesto de servir de pasto para saciar el hambre de expansión del Norte; y no digo *libre* sino *menos avocado*, porque allí está el archipiélago filipino para probar que hasta el Asia lleva el Norte sus escuadras y sus ejércitos, para plantar el pabellón de las estrellas en señal de posesión y de dominio. Y en verdad que si el Sr. García hubiese cuidado expresar claramente desde la portada de su libro, que especializaba su estudio á México, habría prevenido la censura que no faltará quien le dirija de que á pesar del título de su obra, muy contadas son las páginas de ésta que no aluden exclusivamente á la conquista de Anáhuac y más contados todavía los escritores primitivos que él cita por haberse ellos ocupado en la conquista de Centro y Sud América. Tal exclusivismo casi se encuentra justificado, si se piensa en que el Sr. García enderezaba sus propósitos no á revivir rencores en otros pueblos del Continente, sino en el pueblo mexicano, so color de reivindicaciones de que solamente él parece preocuparse. El exclusivismo del Sr. García ha engendrado el mío. He procurado restablecer la verdad en lo que á México atañe; no porque no me inspiren grande interés las Repúblicas de Centro y Sud-América, sino porque creo un deber de patriotismo, un deber sagrado, contrarrestar toda tendencia que por velada que esté, puede conducirnos á los mexicanos á la pérdida de nuestra autonomía primero, y sucesivamente á la pérdida de nuestros hogares y á la desaparición ó aniquilamiento de nuestra raza. Honradamente lo creo así.

* * *

Después de haber hecho en las páginas anteriores la análisis crítica de la obra del Sr. García, parece como que debería yo dar por terminada mi tarea. Pero no; de esas mismas páginas se desprende que al establecer un paralelo entre las antiguas y las modernas conquistas, no me guiaba el deseo de atenuar los horrores de aquellas con la relación de las que éstas han producido, sino que iba yo en pos de algo más útil para mi patria y de palpitante actualidad en ella. Recuérdese también, que la presente disertación ha sido escrita á propósito del libro del Sr. García, como lo reza la portada; lo cual equivale á decir que no trataba yo únicamente de refutar dicho libro. Por lo tanto, nadie podrá encontrar fuera de lugar el estudio de ciertas cuestiones que se ligan con el asunto principal.

Día á día, hora á hora, debería yo decir, se oye entre nosotros hablar del *imperialismo anglo-sajón*, al que señalaremos á nuestros compatriotas con la frase de Gambetta: HE AHI AL ENEMIGO. Porque, á no dudarlo, por *imperialismo* debemos entender *conquista*, los que no aceptamos mistificaciones ni frases convencionales, que no son sino la careta detrás de la cual se oculta la deformidad de ciertos principios, como ocultan algunas mujeres, valiéndose de otros antifaces, las injurias de los años ó la violación de las virtudes domésticas.

Para opinar así, no es preciso que los dedos se nos antojen huéspedes, ni que por hipocondría incurable alimentemos aprensiones ridículas y pueriles temores; ni es necesario, tampoco, estar atacado de la manía de persecución, por más que eso digan los precursores del imperialismo y los que por conveniencias que no sería lícito señalar, toda vez que nadie quiere declarar franca y lealmente sus ideas, fingen una despreocupación y una tranquilidad de las que deben estar, ciertamente, muy distantes. Basta leer las lucubraciones de la *prensa amarilla* norte-americana, y las lucubraciones de la que sin serlo secúndala en sus propósitos ó tiene cuando menos grandes afinidades con ella, para explicar la razón de ser de los temores enunciados, y para patentizar cuánto es patriótica una labor encaminada á poner las cosas en su lugar, pese á quien pesare.

En libros y en folletos, en la tribuna y en la prensa periódica, los corifeos de la doctrina imperialista, sus adalides y apóstoles, la predicán no sólo en su propia casa sino en la ajena y muy particularmente en la segunda. Unos, con el cínico desplante del Prof. Meade; otros, y son los más, para persuadir y sujetar á los que se rebelan, bañan de dulce licor los bordes del vaso que contiene el jugo amargo, como diría el hijo inmortal de Sorrento. Sin ser suspicaz, desentraña cualquiera los propósitos del imperialismo, y distingue sus caracteres, no menos que los medios de que se vale, ó mejor, de sus procedimientos.

Es el primero, la predicación del credo flamante de la supremacía de la raza anglo-sajona, tan traída y llevada en los días que corren, y es el segundo la sugestión de los espíritus poco analíticos y demasiado impresionables, sugestión que se obtiene haciendo desfilar en caleidoscopio mágico las maravillas de la riqueza norte-americana. Diríase que el conquistador de naciones, es un nuevo Fausto que no fía el éxito de sus conquistas á sus propias dotes, á sus ardides, á su audacia, sino al Mefistófeles que ha de poner